

VIERNES SANTO

Hoy nos ponemos delante de la Cruz donde está el Señor, arrodillando nuestro cuerpo pero sobretodo nuestra alma en profunda adoración y agradecimiento.

Cuando te pones en serio delante de Jesús Crucificado, siempre te acaba dando la vuelta, siempre te acaba haciendo ver la realidad más profunda.

Le digo a Jesús que estoy enfermo, que sufro mucho, que no puedo más, y pacientemente él deja que me queje hasta las lágrimas. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que estoy hablando con el que ha cargado sobre sí él solo todas las enfermedades del mundo.

Le hablo al Señor de mi fracaso, de lo mal que me siento por mis errores o por la injusticia de sufrir los errores o egoísmos de los demás. Al cabo de un rato, me doy cuenta de que sus manos santas e inocentes están cruelmente clavadas una Cruz que no es la suya.

Me quejo al Señor de que no tengo nada. Y veo a todo un Dios que se ha desnudado, que ha renunciado a todo, a su gloria, a su fama, a su honra, a su vida... y que es más pobre que yo.

Me quejo al Señor de mi soledad, de que no me siento valorado ni querido. Y me doy cuenta de que a él no solamente lo han dejado solo sus amigos e incluso negado, sino que recibe públicamente crueles insultos, azotes, salivazos, lo maldicen y se ríen de él.

Me quejo al Señor de que tengo el corazón destrozado por un desamor, que la vida ya no tiene sentido. Y veo al mismo Amor despreciado y torturado sin piedad.

Me pongo delante del Señor Crucificado para pedirle perdón, porque me corroe la culpa y estoy muy arrepentido de mi pecado. Y siento como que me quiere liberar de ese peso terrible, porque él es la verdadera Reconciliación y la verdadera Paz con Dios, con los demás y conmigo mismo.

Cuando te pones delante de nuestro Santísimo Cristo el tiempo suficiente, él te acaba haciendo ver las cosas de otra manera. ¿Cómo me atrevo a hablar al Señor Crucificado de mis enfermedades, de mis dolores, de mis soledades, de mis fracasos, de mis pecados, de mis desamores, y quejarme tanto de ellos, cuando él ha sufrido todo eso mucho más de lo que jamás lo sufriré yo?

A decir verdad, la mayoría de las veces, cuando le visito en esta nuestra iglesia parroquial, vuelvo a casa con los mismos problemas, pero algo ha cambiado en mí. Ya no me pesan tanto. Incluso siento un consuelo y unas fuerzas nuevas para enfrentarme a lo que antes me derrotaba. ¿Sabes cuál es el secreto? ¿Sabes lo que ha pasado?

Que tú hablas al Señor de tus penas, y él te habla de su amor. Que tú venías a pedir la solución de tus dolores pidiéndole que te los quitara, y él te ha hablado de que la solución está en dar sentido a esos dolores aceptándolos en su amor. Que tu vida puede tener salud, éxito, prosperidad... pero si no hay amor en tu corazón, realmente ni tienes nada ni eres nada. Tú pensabas que el amor era un sentimiento bonito, relacionado con la salud, el bienestar y la fiesta; y él te habla de que el amor de verdad se demuestra en las contradicciones y dificultades, que no son amenazas de derrota, sino oportunidades de aprender a amar más profundamente. Jesús Crucificado te hace

ver lo que de verdad es el amor.

Te habla de que no se puede resucitar al amor verdadero, a la vida verdadera, si antes no se acepta por amor la Pasión, como hace él. Por eso Jesús es el camino, la verdad y la vida. Si quieres ser feliz, no hay otro camino, no hay otra verdad, no hay otra vida. Y no todo el mundo lo entiende. No todo el mundo lo quiere entender.

Jesús no te habla sentado cómodamente en un despacho elegante, ni siquiera sentado en una modesta silla diciendo: "Vamos a hablar un ratito". Jesús te habla poderosamente y con autoridad, porque te habla clavado en la Cruz, abrazado a la Cruz, identificado con la Cruz, con todo su cuerpo en forma de Cruz. No se baja de ella para hablar contigo. El Señor no te da consejos ni baratos ni caros, sino que te da el ejemplo real de su misma vida. Desde la Cruz, Jesús te dice: "Si quieres ser feliz, si quieres vivir de verdad, sígueme, camina conmigo, haz como yo. Yo voy delante de ti en el camino de tu vida. Yo te amo como nadie te ha amado jamás. Conozco perfectamente tus debilidades, tus penas, tus cobardías, tus miedos, pero confía en mí, y yo te daré las fuerzas que necesitas y que tanta falta te hacen para que no desfallezcas. Muere por amor conmigo y yo te daré vivir para siempre conmigo."

El Santísimo Cristo te toma muy en serio. Es una imagen poderosa y desafiante. Es una imagen que nos habla que el Señor ya no tiene más que darte, porque te lo ha dado todo. No es un Cristo que nos habla del silencio frío de la muerte, sino que nos habla de la Paz de quien confía en que el Padre le resucite, porque ha sido fiel hasta el final. Porque a pesar de todo, en ningún momento ha renegado, en ningún momento ha caído en la tentación de quejarse, aunque motivos le sobaban de largo, sino que ha sabido ser fiel a amar, a perdonar, a darlo todo hasta el final. Ha amado hasta el extremo. Ahora todo está cumplido. Por eso hay muchos que encuentran en esta imagen fuerzas y sentido, cuando otros se apartan de él soberbios y cobardes sin entender nada, o sin querer entender nada. Para ponerse delante del Cristo Crucificado, hay que ser a la vez muy humilde y muy valiente.

La Virgen siguió muy estrechamente a su hijo Jesucristo durante toda su Pasión. La vivió intensamente como madre y como creyente. Pero encontró en el cruce de miradas de ella con Jesucristo y de Jesucristo con ella, las fuerzas que necesitaba para estar con él a su lado todo el tiempo, hasta el final, sin desfallecer en ningún momento.